

incensaciones entre tanto el coro cantaba las antífonas y salmos respectivos. Despues volvió á formar nuevas cruces pero con el santo Crisma, sobre las anteriores é incensó como antes durante el cántico del caso, y antes que el coro terminara, derramó sobre la mesa del altar y la frotó con el Oleo de los catecúmenos y con el santo Crisma, y despues de hecho esto, cuando el coro hubo cantado la tierna antífona tomada de las palabras con que Isac bendijo á Jacob segun se lee en el capítulo 27, v. 27. del Génesis, que con tanta poesia y ternura dicen "He aquí el olor de mi hijo, como el olor de un campo lleno, al que bendijo el Señor: crecer te haga el Dios mio, como las arenas del mar y te de del rocío del cielo" & Despues tambien que concluye el salmo que comienza: "Alaba Jerusalém, al Señor: alaba, Sion á tu Dios. & el Prelado procedió á la consagracion de cada una de las doce cruces que conforme al pontifical y en los sitios convenientes, de antemano se habian labrado sobre las columnas del templo teniendo cada una una luz que se encendió sucesivamente en el acto de la consagracion de estas cruces esparcidas en torno del santuario y con las cuales quiso la Santa Iglesia significarnos, á los doce Apóstoles que llevaban por toda la tierra la luz del Evangelio y la doctrina del Salvador del mundo, para levantar á los pueblos del asiento de las tinieblas y regenerarlos sacándolos de la abyeccion en que yacian antes.

Concluida esta consagracion, el Pastor vino al altar principal y bendiciendo veinticinco granos de incienso, formó con ellos cinco cruces sobre las que antes habia hecho con el santo Crisma y puso ademas sobre cada cruz una pequeña vela que ardió con el incienso mientras que el Prelado con la cabeza descubierta y rodeado de sus asistentes se postró frente al altar cantando entre tanto el coro las antífonas tan llenas de ternura que para estas circunstancias ha determinado la Santa Iglesia. Concluidas estas y las oraciones propias, el Prelado ungió con el Santo Crisma la Cruz esculpida en el frontal del altar y repitió lo mismo en las junturas de la mesa, y despues de esto los subdiáconos cubrieron convenientemente el altar y lo prepararon para la celebracion de la Misa, la cual en seguida fué cantada solemnemente oficiando el Sr. presbítero Mtro. de ceremonias, D. Pablo Anda.

Con este adorable Sacrificio, el mas santo, el mas augusto de

de los Sacrificios, terminó la consagracion de la nueva Basílica, en cuyo hermoso resinto apenas podia contenerse en aquellos momentos, el numeroso concurso de fieles que habia venido á prosternarse delante del Señor á tributarle las mas espresivas gracias porque les dejó al fin ver realizado el deseo que sin cesar habia animado á les leonésés de venir un dia ha aquel lugar á adorarle dignamente; no entre las ruinas y el polvo, no entre escombros y en un templo mutilado; no al pié de una ara portatil sino delante de un altar consagrado como ahora, para siempre, en su honor y en nombre de la augusta y tierna Madre Santísima de la Luz, que hace cerca de doscientos años es para los hijos de Leon el mas caro y dulce objeto de sus afecciones, así como esta amable y bella Virgen verdadera Reina y verdadera Madre ha sido sin cesar para nosotros la mas tierna y generosa Madre, el mas seguro y firme amparo, el mas dulce y grato consuelo y á quien Leon debe lo que es, lo que vale y lo que puede, y á quien deberá tambien, lo que sea en el porvenir grandioso que espera.

Terminada la Misa, el Pastor dió al pueblo su bendicion y eran ya la una y tres cuartos de la tarde. A las cuatro y media debía conducirse procesionalmente la adorable imágen de la Madre Santísima de la Luz, desde la antigua Parroquia que habia servido provicionalmente de Catedral, al nuevo templo donde habia de colocarse para siempre. Antes de la hora fijada para esto, las calles del tránsito de la procesion fueron engalanadas primorosamente con flores y vistosas colgaduras. Los solemnes repiques de todas las iglesias de la ciudad, anunciaron que la Madre de Dios habia salido ya de la iglesia referida, y en efecto, colocada en alto sobre unas *andas* elegantemente adornadas con esquisitas rosas trabajadas por varias Sritas. para este objeto, y ademas rodeada de ángeles que arrodillados formaban un bello grupo á sus piés entre las luces, las flores y el incienso que salía de los incensarios que los infantes del coro agitaban en torno de la efigie sagrada; se le veia sobre todos los circunstantes, brillar por la belleza artística de esta hermosa efigie; por el oro que la adornaba, y mas que por esto ¿que decimos? principalmente mas que por todo aparecia refulgente por que así se deja ver la que el Señor escogió para que fuese su Madre; por que así fué su representacion en Judit cuando fué al campamento de los Asirios para dar muerte al enemigo de Israel; por que así la describió Salomon cuando en sus cantares pregunta ¿Quién es esta que se descubre como el al-

ba, hermosa como la luna, escojida como el sol. . . . por que así, en suma, vemos en Leon á la Madre Santísima de la Luz, cuantos aquí hemos nacido bajo su amparo, y confesamos con orgullo delante de todos á la faz del mundo, [que llaman fanáticos á los cotólicos] que amamos á esta dulce Madre y que deseamos contarnos en el número de sus hijos agradecidos.

Brillante pues, se veía esta prodigiosa Imágen, rodeada de casi toda la poblacion que con luces vino á honrarla en este acto presidido por el Illmo Sr. Obispo de la Diócesis, Cabildo y corporaciones eclesiásticas, Colegio Seminario y una comision del Ayuntamiento de la ciudad.

A las cuatro y media salió la procesion; recorrió la parte lateral al oriente de la plaza principal, primera calle de los Pachecos y la segunda de la Compañía hasta llegar á la Basílica, y en este momento eran las seis de la tarde; trece minutos despues fué colocada la Madre Santísima de la Luz en lugar correspondiente en un nicho en el altar principal, y es en la parte frontal inferior del tabernáculo de esposicion del Divinísimo.

A la hora conveniente y estando primorosamente iluminada la iglesia comenzaron con toda solemnidad los maitines que concluyeron cerca de las diez de la noche ó poco despues y entonces se encendieron unos vistosos fuegos de artificio costeados por el vecindario, y así terminó la gran solemnidad del dia 16 de Marzo de 1866, que desde hoy será siempre memorable para los habitantes de Leon.

Vino el dia 17 de Marzo, dia destinado para la dedicacion del templo, y á la hora concerniente los repiques solemnes de la catedral anunciaron que eran llegados los momentos de la celebracion del santo sacrificio de la Misa. En efecto, el Illmo. Sr. Obispo de la Diócesis, vestido de rigoroso pontifical, rodeado de los asistentes correspondientes á su alta dignidad, á las nueve y media de la mañana dió principio á la celebracion del mas augusto de nuestros misterios, en medio de la pompa megestuosa y digna de este acto el mas sublime de nuestra religion adorable.

En el momento prevenido por el ritual y cuando el Pastor teniendo en sus manos el incensario se arrodilló al pié del altar, mientras el coro acompañado de armoniosa orquesta cantó "*Señor, ten misericordia de nosotros*" las blancas cortinas del tabernáculo se abrieron y enmedio de un sol de oro apareció la mages-

tad infinita del Dios de las naciones y de los Reyes; el Dios cuyo nombre hace estremecer las columnas del firmamento y doblegarse llenos de respeto á los cielos á la tierra y á los abismos.

Despues del Evangelio, el Sr. Dr. D Pablo Torres, Magistral de la Sta. Iglesia Catedral, y Rector del Seminario Conciliar de esta ciudad, subió al púlpito y pronunció un elocuente sermón propio de la solemnidad. Tomó por testo estas palabras del Génesis "*Verdaderamente es esta la casa de Dios.*" Manifestó y demostró con la claridad y verdad que caracterizan exclusivamente á la cátedra del Espíritu Santo, las relaciones que hay entre Dios y el hombre, entre el hombre y Dios, y como se comunican y se estrechan; señalando entre los medios principales, el templo, pues que allí se oye la palabra del Altísimo y nosotros elevamos hasta El nuestra voz en la oracion que individualmente ó reunidos los fieles le ofrecemos todos los dias. Como era natural, espuso cuán apreciable y digno de nuestra veneracion es aquel sitio sagrado donde el hombre tiene el verdadero manantial de los consuelos, la fuente saludable á donde puede ir á calmar y curar sus dolores y obtener la satisfaccion de sus necesidades. Si no temieramos ofender la modestia del orador á quien nos referimos, diriamos que su bello discurso ha cautivado al auditorio y lo ha llenado de emociones verdaderamente gratas hasta hacer verter dulces lágrimas de reconocimiento cuando volviéndose respetuosamente á la augusta Virgen Madre Sma. de la Luz, le da gracias en nombre del Pastor y del pueblo por que intercediendo por nosotros ante su Hijo Divino, ha obtenido para Leon el beneficio de un nuevo y digno asilo de paz y de consolacion como aquel que en su nombre se dedica á la Magestad eterna, en su honor; y despues imploró para este pueblo fiel, los beneficios con que el Señor sabe engrandecer á las naciones que no se apartan de El, sino que lo adoran y lo reconocen como á su único Dios, como á su único Soberano, como á su único Bienhechor, lejos del cual ni los pueblos ni los soberanos de la tierra, que se apartan de sus caminos, son otra cosa que miserables y desgraciadas víctimas de la mentira en la cual perecen para siempre, conforme á la justicia que preside en los juicios del Señor.

Terminado el sermón, la Misa continuó y despues de ella el Illmo. Prelado que fué el celebrante, dió la bendicion con la solemnidad propia de la Misa Pontifical á la cual asistieron ade-

mas del Venerable Cabildo eclesiástico, las demás corporaciones también eclesiásticas, Cofradías, Colegio, Sres. Curas de diversas Parroquias, Capellanes, colegio de infantes y varios miembros del Concejo Diocesano de la obra de la Santa Infancia aunque sin formar corporación por estar en el coro canónico las principales personas que lo forman, y otros presidiendo otras corporaciones.

La concurrencia á esta solemnidad fué aun mas numerosa, ó tanto como la del dia anterior, pues parece que los hijos de Leon lo dejaron todo por venir á tomar parte en un acto en que naturalmente estaba tan interesada esta poblacion católica por excelencia como hemos dicho antes y como lo demuestra cada dia, manifestándose no solo estraña á las pretensiones del filosofismo que se empeña en invadirnos, sino espresa y terminantemente hostil á todo aquel que pretestando ilustrar al pueblo y mejorar su condicion quiere quitarle su catolicismo para embrutecer y aniquilar con los vicios y los desórdenes de que vive la impiedad, á esta sociedad, como lo hace con todas aquellas donde una verdadera desgracia le proporciona el triunfo de sus principios desoladores. Leon, pues, se ha ostentado digno de las altas y verdaderas creencias de la augusta religion C. A. R. que profesa: ha comprendido que esta solemnidad tiene una importancia que los adversarios de la santa Iglesia quisieran dar á sus actos de injusta rebelion contra la mas benigna y generosa Madre.

En efecto, la consagración y dedicacion de la Catedral de Leon tiene dos aspectos que revelan esa alta importancia que nadie puede desconocer de buena fé; y son, primero, su objeto; y segundo, las circunstancias en que se ha verificado esa consagración.

Nada mas justo, nada mas obligatorio para el hombre, que tributar á la Magestad del Señor el culto que se le debe. El Señor así lo quiere, así nos lo ha mandado y ademas en ello está conforme el sentimiento universal de las naciones, pues si nos remontamos á los primeros años del mundo, á los dias en que todavia podia decirse que no se habian aun marchitado las primeras flores que esmaltaron los campos, vemos á Abel ofrecer al Señor los mas bellos y mejores corderillos de su rebaño, las mas ricas y hermosas espigas de su sembrado. Así sucesivamente encontramos á los Patriarcas haciendo holocaustos al

cielo, sobre rústicos altares; hallamos á Jacob derramando aceite precioso sobre la misteriosa piedra que erigió en altar, despues que en ella descansò su cabeza durante su sueño en el camino de Harán, y á la que llamó tan significativamente, "*Casa de Dios*," en medio de los votos que hacia conmovido aún por la celeste y bella vision del sueño de que acababa de salir.

Mas tarde, y en prueba del agrado con que el Señor se ha dignado vivir entre nosotros, le oimos trazar el mismo á Moises las proporciones de su Tabernáculo entre los hijos de Israel; revelar á David, que EL desde el dia en que sacó á su pueblo de la tierra de Egipto, no se escogió de todas las tribus de Israel ninguna ciudad, donde se edificara una casa á su Nombre, sino que escogió á Jerusalem para que se le invocara en ella.

En seguida vemos á Salomon llevar á efecto la obra grandiosa que vive todavia en la admiracion de los siglos y que nos describen hasta en sus menores detalles, los libros sagrados, siendo sobre manera consoladoras así como tiernas al mismo tiempo que terribles estas palabras que el Altísimo dirige al mas sabio de los Reyes despues de la dedicacion del Templo y de la ofrenda de los sacrificios. "He oido tu oracion, le dice: y me he escogido este lugar para casa de sacrificio y oracion. Si cerraré yo el cielo y no lloviere, si mandare y diere orden á la langosta que devore la tierra, si enviare la peste á mi pueblo; y mi pueblo, sobre el cual ha sido invocado mi Nombre, convertido me pidiere perdon, y procurare aplacarme, haciendo penitencia de su mala vida; yo tambien desde el cielo le escucharé, y perdonaré sus pecados, y libraré de los males su país. Y mis ojos estarán abiertos, y atentos mis oidos á la oracion del que me invocare en este lugar: porque este lugar le he escogido YO y santificado, para que mi Nombre sea *invocado* en él para siempre, y estén fijos sobre él mis ojos y mi corazon en todo tiempo."

Y todavia dirigiéndose á los reyes y á los pueblos dice á Salomon: "Tu tambien, si anduvieres en mi presencia como anduvo David tu padre, y practicares en todo y por todo lo que yo te he ordenado, y observares mis mandamientos y leyes, yo afirmaré el trono de tu reyno, como se lo prometí á David tu padre, diciendo: "No faltará jamas quien de tu linage tenga el reino de Israel."

"Mas si me volviereis las espaldas y abandonareis mis mandamientos y mis preceptos que os he intimado, y fuereis á servir á dioses ajenos, y los adorareis; os arrancaré de esa tierra mia que os di:

y ese Templo que he consagrado á mi Nombre, le arrojaré de mi presencia y haré que sirva de fábula y de escarmiento á todas las gentes.”

Y será esta Casa el escarnio de todos los pasajeros; los cuales dirán asombrados: ¿Por que motivo ha tratado así el Señor á este país y á esta Casa? Y les responderán: Porque abandonaron al Señor Dios de sus padres, que los sacó de la tierra de Egipto, y han abrazado dioses ajenos, y adorándolos y dádoles culto: por eso han caído sobre ellos todas estas calamidades. [Capit. 7.º del lib. 2.º del Paralipómenon.]

Tan paternales promesas así como tan justas y terribles conminaciones, demuestran aun mas de lo que nosotros hubieramos deseado á nuestro intento tratando del importante objeto que nos ocupa; y pues esto basta á lo principal y conforme á los límites de esta reseña, veamos ahora por que la consagración de la Catedral de Leon tiene tambien una muy alta importancia por las circunstancias en que se ha verificado.

Esta Basílica, comenzada desde sus cimientos, por los sacerdotes de la Compañía de Jesus, quienes desde entonces la destinaron al culto de la Madre Santísima de la Luz, á consecuencia de la espulsion de esta respetable y benéfica corporacion, el templo quedó levantado y paralizada la obra el año de 1761, hasta la altura de diez varas. Abandonado, incompleto y á merced del que quisiera ocuparlo en cualquier uso profano, sirvió sucesivamente de cuartel, ó de cocina y otras cosas siempre distantes del sagrado objeto á que estaban destinados aquellos muros. La piedad de los leoneses vivamente conmovida por la paralización de esta obra, pero impotente para continuarla, ya por la miseria, ya por los acontecimientos públicos que tuvieron lugar principalmente desde 1810, no pudo volver á ocuparse de los trabajos del edificio hasta el año de 1831 en que el inolvidable Sr. presbítero D. José Ignacio Aguado asociado con el Sr D. Pedro Obregon hasta que este murió y como presidente de la junta que se formó espresamente á este fin; sin fondos, sin recursos seguros de ningun género, solo con la limosna de los fieles, se dedicó á seguir la fábrica del templo, y así se verificó con notable actividad hasta colocar las cornisas de la sima interior y formar los arcos y bóvedas, sufriendo durante esto varias paralizaciones el trabajo. Nuevas revoluciones y con ellas el aumento de la miseria general, vinieron otra

vez á suspender la obra por un largo periodo; pero pasado este, en 1846 siguió la construcción. Iguales motivos que los anteriores volvieron á suspenderla: la muerte vino en 1854 á arrebatarnos al Señor Cura Aguado y este acontecimiento deplorable hizo desesperar del término completo del edificio. Pero el Señor D. Antonio Escamilla, tambien de cara memoria para Leon, sucedió dignamente al Señor Aguado en la empresa grandiosa que parecia no habia de concluir felizmente. Se promovieron otra vez las faenas en que como en la época del Señor Aguado, las principales personas de la ciudad así como el pueblo entero, sin escepcion de los niños, ni de las mugeres ni aun de los viejos, conducian personalmente desde la inmediata colina de la Soledad hasta el nuevo templo, los materiales principales y mas pesados que se necesitaban para la obra, la cual continuaba así y con las limosnas del vecindario, adelantándose hasta cierto punto de conclusion, pero siempre sin una firme esperanza de que esta fuera perfecta. En la alternativa incesante del trabajo y de la paralización, vino la revolucion funesta que marcó la época dolorosa é indeleble para el país desde 1860 hasta 1863, y esto no solo hizo á los hijos de Leon desesperar de ver como está hoy el primer templo de la Diócesis, sino que teniendo en cuenta los estragos, la desolacion que por todas partes dejaba el filosofismo apoderado de los destinos de México, llegó á temer que este templo levantado por los esfuerzos bienhechores del catolicismo que nos caracteriza, llegase á caer, á desaparecer del todo, como se hicieron desaparecer y caer otros magníficos y admirables monumentos que por largos años dieron á nuestras generaciones y á las estrañas, evidentes testimonios de la piedad católica de México. ¿Quien en efecto, que vió entre nosotros erigidos en principios de bien comun y de felicidad pública las espantosas doctrinas que han empobrecido y ulcerado á otras naciones, pudo esperar no ya la edificación de un templo, pero ni siquiera la construcción de un altar donde pudiera adorarse públicamente al Señor? Sin embargo, el Dios por quien mandan los reyes, este Dios fuerte y á quien nadie puede igualarse en el cielo ni en la tierra; este Dios, que es El que es; el Dios de los pobres y de los desvalidos, el Todopoderoso, el invencible, el Santo de los Santos; El, que un dia indignado en Jerusalem, arrojó del templo á los mercaderes diciéndoles: “*Mi casa es de oracion y vosotros la tornais en ca-*